

Genealogía de la Homosexualidad en la Argentina

Lucía de Abrantes
Elea Maglia

deabranteslucía@gmail.com
elea_m@hotmail.com

Facultad de Ciencias Sociales. Universidad Nacional de Buenos Aires.

El ramal urbano de la línea Sarmiento conecta Moreno con Once (también conocido como Plaza Miserere). Según la página oficial de la línea férrea, de lunes a viernes, 266 formaciones por día se deslizan por la deteriorada conexión de vías. No es que la línea cuente con esta cantidad de formaciones, sino que son los viajes que se realizan en total. Seis, son los minutos que estipula la empresa como medida de espera entre formación y formación y diecisiete las estaciones que componen el recorrido. La columna vertebral que reúne al heterogéneo grupo de estaciones es la Avenida Rivadavia.

Para caracterizar rápidamente al viaje que une al “lejano oeste” con el “centro”, la transición en el paisaje resulta ser la más adecuada. Si bien las distintas paradas del tren, se encuentran ubicadas en el corazón de los centros comerciales de las localidades que atraviesa, los trechos que unen las primeras estaciones (Moreno, Paso del rey, Merlo, San Antonio de Padua) pueden describirse como espacios verdes, con casas bajas dispersas, sin muchos carteles publicitarios y con poca contaminación sonora. Cualidades que comienzan a transformarse a media que el tren se aleja de los barrios y se acerca a la gran Ciudad. Las casas bajas le dan lugar a los edificios, los espacios verdes se reducen a plazas enrejadas, los carteles publicitarios te invaden y el sonido constante le deja poco lugar al silencio.

La fauna que compone a este maravilloso medio de transporte, varía notablemente en función del horario al que hagamos referencia. Si tomamos como caso el tren que sale a las 08:04 de Moreno, para arribar a las 09:06 en Once, podemos ver que sus vagones se encuentran repletos de oficinistas, obreros (no con overol, pero imaginemos algo así en un contexto posmoderno), estudiantes universitarios, embarazadas, madres con sus niños, abuelos, adolescentes con guardapolvo blanco y con uniforme, todos haciendo uso del medio de transporte más rápido y económico (el boleto promedio es de \$1,10).

Según un cartel colocado a la derecha de las puertas que conectan un vagón con otro, cartel que probablemente date de la época en que los trenes fueron privatizados y adquiridos por la empresa TBA, cada vagón puede albergar a 56 pasajeros que viajaran sentados y otros 50 que lo harán parados. Estos números claramente no son los reales si nos aventuramos a viajar en el Sarmiento en un horario pico como el que se está describiendo. En el recorrido matutino de mayor demanda, las personas realizan el viaje encastradas como piezas de tetrís, además de estar obligadas a respirar un aire denso que condensa un conjunto de aromas pestilentes indescifrables. Como punto a resaltar, por suerte todavía

hay “códigos” en el convoy del oeste y la prioridad de los asientos está dada para los ancianos, mujeres embarazadas y niños.

Como dato de color, en estos horarios, la estación de Liniers marca un antes y un después en el viaje. Un conjunto de personas desciende del tren para dar lugar a un conjunto aún mayor que acecha desde la estación. Múltiples causas se le han adjudicado a este fenómeno. Quizás la idea de que Liniers sea un imponente centro comercial y que cuente con un sinfín de flotas de autobuses que unen esta localidad con muchas de las localidades bonaerenses y porteñas, sea la respuesta más obvia a la pregunta por el fenómeno. Sin embargo, muchos de los mitos que circulan entre los pasajeros son bastante más interesantes.

Lo que sucede al mediodía y en las primeras horas de la tarde difiere considerablemente de la descripción realizada. Los vagones se encuentran casi vacíos y los pocos pasajeros que frecuentan este horario son aquellos sujetos que el sistema entiende como improductivos.

El horario de la noche contiene varias facetas. Entre las 20:00 y las 22:30, las formaciones transportan de regreso a los mismos estereotipos que colmaban los vagones de los trenes matutinos. Otra vez, el espacio se llena y la gente se encastra. La única diferencia con el recorrido de las 08:04, es que ahora los pasajeros no tienen un destino en común. El tren de ida se vacía en apenas unos segundos al llegar a Once. A la vuelta, apretones y empujones se reiteran cada algunos minutos para dar lugar a que la gente baje en la estación aledaña a su hogar.

A partir de las 23:00 el “ambiente” del tren, como lo llaman muchos pasajeros, se pone más denso. Un variado abanico de sujetos, que podemos denominar como marginales, transita por los vagones. Sin embargo, a cualquier horario del día, podemos encontrarnos con este mismo paisaje si nos adentramos en el submundo del furgón. Tradicionalmente el furgón era el vagón del tren destinado a aquellos pasajeros que quisieran viajar con su carramato de dos ruedas. Hoy es un espacio de excepción. Ninguna autoridad (institucionalizada, por supuesto) rige en el lugar. En el furgón uno puede ver un millar de técnicas diferentes para armar un porro, distintas maneras de vender cocaína, algunas peleas y por qué no propuestas indecentes. No obstante, este espacio también funciona como punto de encuentro entre pasajeros, que al viajar en un mismo horario, van forjando

vínculos. Cotidianamente se pueden ver partidas de truco, rondas de mate, cervezas y porros compartidos.

Además de los pasajeros, están los trabajadores del tren. Nada a destacar de quiénes manejan los trenes, ya que uno como pasajero no los ve. Tampoco de los guardas de las estaciones, salvo que habitualmente engrosan sus salarios pidiendo una coima cuando alguien no cuenta con el boleto reglamentario. Lo que sí resulta atractivo es el despliegue comercial a bordo. Venden desde chips de celular hasta pomadas y vendas para esguinces.

Ahora bien, toda esta descripción pretende brindar el marco que dio origen o causa al ensayo, que si bien ya comenzó, se desplegará en las siguientes líneas. Pero también pretende incitar al posible lector de este escrito a viajar en el ramal ferroviario que une Moreno con Once. Ramal que se convierte en un caudal inagotable de sorpresas.

Un día, en uno de mis viajes obligados¹, un muchacho me acercó un pequeño libro confeccionado manualmente. Si bien me sorprendió, el hecho de que vendieran hasta libros en el Sarmiento, en ese instante recordé que alguna otra vez había tenido en mis manos un ejemplar de esta editorial, editorial que produce sus libros sólo para venderlos en esta línea ferroviaria. Sin embargo, la mayor sorpresa estuvo dada por el contenido del librito. Se titulaba, “La bombacha apretaba sus testículos” y contenía un conjunto de cuentos escritos por travestis porteñas. En el tiempo que transcurrió entre que el vendedor dejó el libro hasta que pasó a retirarlo pude darme cuenta que en la fotografía de la tapa se encontraba Marlene Wayar, una reconocida militante Trans. Cuando el muchacho se acercó a retirar el libro, intenté preguntarle si efectivamente la foto era de quien pensaba, pero inmediatamente me cortó la palabra diciéndome que si ese título no me gustaba tenía otros para ofrecerme. Enseguida le comenté que me interesaba el libro, a lo que él respondió que la advertencia que me había hecho estaba dada porque este libro generaba reacciones muy polarizadas. Le compré el libro y me quedé pensando en ésta idea.

A fines del siglo XIX y principios del XX las “desviaciones sexuales” fueron un tema recurrente en el discurso literario y científico. Si bien, el tema de la homosexualidad en estos años no ha sido demasiado explorado, existió una compleja y visible cultura de

¹ Para quienes vivimos lejos del centro de la ciudad, el viaje forma parte del universo de las obligaciones diarias. Nadie viaja en el Sarmiento *por amor al arte*.

homosexuales, maricas y travestis extendida en todas las clases sociales de Buenos Aires del período. Esta cultura, que representó una fuerte amenaza para el proceso que instituía al nuevo sujeto argentino, fue fuertemente perseguida, estigmatizada y criminalizada. “(...) el peligro de la homosexualidad fue el fantasma del mal, la enfermedad, la degeneración extranjera, acechando los espacios nacionales de producción del nuevo sujeto argentino” (Salessi: 2000, p. 186)

Para distinguidos intelectuales como Bunge, Ingenieros y Ramos Mejía la homosexualidad representaba la incubación de terribles males sociales. En sus discursos y publicaciones las conductas desviadas, parecían encontrar su causa en un conjunto de ideas degeneradas que importaban los inmigrantes. Ideas que venían a perturbar los espacios de formación de la naciente Nación argentina, convirtiéndolos en focos de infección.

El sistema educativo o los cuarteles del ejército eran considerados como ámbitos propicios para el desarrollo de estas prácticas inmorales, pero también eran las encargadas de reencauzarlas. Para retratar el espíritu, Ramos Mejía entendía a la diversidad cultural como un verdadero “peligro social” que había que combatir. En uno de sus escritos planteaba que “La afluencia de la inmigración podría hacer, del cosmopolitismo resultante en la población, un verdadero peligro social. El mejor medio para combatirlo es la escuela. En la realización de idea tan patriótica, hanse expurgado los textos y reformado los programas”. (Salessi: 2000, p. 221)

Más allá de las intervenciones y discusiones que se dieron en relación al tema dentro del ámbito intelectual y político, fueron los médicos (psiquiatras y sexólogos principalmente) quienes se dedicaron exhaustivamente a investigar y escribir sobre la patología del “invertido”. Así, “El brazo científico les aportaría el marco teórico que permitiría hacer de la exclusión una simple ecuación. No fueron racistas. Fueron científicos.” (Bazán: 2006, p. 93)

Al igual que en el desarrollo criminológico nacional de esta época, los médicos se convirtieron en jueces, haciendo circular una serie de conceptos que se instalaron en el imaginario colectivo, logrando estigmatizar a esta cultura como un terrible mal que era preciso erradicar. Si bien no existía ley alguna que regulase las prácticas sexuales desviadas, alcanzaba con el repudio social y la persecución policial.

En las publicaciones del *Departamento de Higiene* y en los *Archivos de psiquiatría* se leía que el invertido, era un sujeto que adoptaba el rol opuesto, es decir que practicaba una sexualidad contra natura: mujeres masculinas y hombres femeninos. Sujetos que encontraban la realización de su deseo en el mismo sexo.

Para la ciencia, estas relaciones incorrectas estaban constituidas por un componente activo y uno pasivo. El sujeto que adoptaba el rol activo sostenía relaciones sexuales con alguien del mismo sexo pero sin invertir las posturas, vestimenta, modales y prácticas que correspondían a su sexo, el que adoptaba el rol pasivo tomaba por propias aquellas cuestiones que pertenecían al sexo opuesto. Es curioso notar cómo es que nunca dejaron de sostener el carácter binario del género.

Lo que llamaba la atención a la medicina de principios del siglo XX era el sujeto seducido a adoptar el rol pasivo, ya que el activo podía estar motivado a realizar una de estas prácticas por el deseo incontrolable por las aberraciones sexuales.

Evidentemente, la anormalidad no estaba dada tanto por la elección del objeto deseado sino por la adopción de un rol opuesto. El problema era la inversión, no la perversión sexual. Francisco De Veyga, un reconocido sexólogo de la época, en sus investigaciones sobre invertidos, plantea: “(...) cuando Manón actúa como activo con otros hombres sus sensaciones son normales” (Salessi: 2000, p.270).

Sin embargo, más allá de los intentos científicos por encontrar categorías capaces de encorsetar las prácticas homosexuales, “los maricas” eran especialistas en cambiar los roles. De activos a pasivos, y de pasivos a activos, según la situación que se les presentara.

El afán científico por la categorización, orden del desorden de las conductas, también se plasmó en la construcción de los distintos pasos que constituían al “camino de la desviación”.

El primer contacto sexual entre dos sujetos del mismo sexo era llamado desfloración. No voy a involucrarme en las posibles acepciones de la maravillosa categoría inventada por los higienistas sociales del 1900, incluso utilizada en nuestros días, simplemente resulta importante decir que refiere claramente a la homosexualidad masculina. Esta faceta de la homosexualidad fue la más estudiada en aquellos años probablemente debido al afán de corregir los males que asechaban *directamente* a la cultura burguesa y patriarcal que se estaba instituyendo. Así, los casos de las relaciones

sexuales entre mujeres no fueron demasiado desarrollados. Se puede leer sin embargo distintas acusaciones de deshonor a la patria hacia mujeres que adoptaban roles masculinos desobedeciendo a los principios que las obligaban a servir al matrimonio, la maternidad, la crianza y educación de sus hijos. El blanco eran las mujeres independientes que querían ingresar al mercado laboral y las estudiantes universitarias.

De todos modos, existen algunos documentos que plasman biografías de inversión femenina. Un ejemplo es el caso de Dafne - la mujer hombre. Dafne se había transformado en hombre para lograr insertarse en el mercado laboral, se hacía llamar Arturo. Si bien, existen rumores sobre los vínculos sexuales “(...) frotamiento cuerpo a cuerpo juntando las partes homólogas” (Salessi: 2000 p. 229), que sostenía con una vecina, quién sabía de su condición sexual, la preocupación de los inventores de la nación era que este tipo de casos engendraban la corrupción de los roles sociales aceptados para cada sexo.

Volviendo a la desfloración, podemos leer una serie de declaraciones que se hicieron al respecto. A los higienistas les obsesionaba la confusión aberrante entre centro deseado, centro deseante y centro productor de materia fecal. “Fascinados y espantados los higienistas sociales estudiaron a invertidos y homosexuales en los que veían hombres que transformaban en centro deseado y deseante la temida cloaca que – como la temida vagina de la prostituta del siglo XIX – significaba promiscuidad, posibilidad de sexo ininterrumpido, e infección.” (Salessi: 2000, p. 272)

De todas formas, este momento inicial no siempre resultaba en la inversión, ya que estaba frecuentemente motivado por cuestiones que escapaban al deseo propiamente dicho de querer ser lo que uno no es. En las documentaciones de De Veyga, aparecen referenciados algunos encuentros iniciales, en donde los actos sexuales eran el resultado de la incitación de adultos pervertidos (el estereotipo del “celador fellator”) que tomaban por objeto de deseo a los niños. Con el fin de encauzar este tipo de situaciones, las instituciones educativas fueron objeto de control y debate.

El caso de Aurora, un invertido profesional “(...) hombres que invertían el rol, vestido y maneras correctas, por razones absolutamente pragmáticas, para obtener beneficios materiales o hacer dinero trabajando en la prostitución” (Salessi: 2000, p. 279), representa según De Veyga el típico caso en que el camino a la desviación estuvo estimulado por un seductor. Seductor que refirió propuestas indecentes al joven peón de

campo venido a Buenos Aires (Aurora) a cambio de una buena cantidad de dinero, frente al cual Aurora no pudo resistirse. Estos casos, no eran lo suficientemente alarmantes.

El segundo paso hacia la inversión marcaba el punto de inflexión: la reincidencia. En este estadio al pragmatismo inicial se le sumaba el deseo perverso por la práctica. Aurora, en un primer momento, repugnado de su acción, juró no volver a hacerlo, pero con el tiempo su juramento fue reemplazo por un profundo placer en la relación homosexual.

Luego, quienes frecuentemente sostenían relaciones homosexuales podían llegar a desplegar una vida social invertida. Aurora llegó a travestirse y a adoptar todas las posturas propias de feminidad.

El último paso estaba dado por el delirio de creer la propia ficción que construían: invertidos que juraban ser homosexuales congénitos. Para el caso de los hombres: almas femeninas encerradas en cuerpos masculinos.

Sin embargo, lo que me resulta más interesante, no es tanto la construcción de niveles que darán por resultado a un sujeto invertido, sino los elementos subrepticios que se desprenden de este recorrido.

En primer lugar, los científicos parecían tener la intención de documentarlo todo. Cabe preguntarse de dónde sacaban los testimonios y el material humano a ser observado. Así, me encuentro con el *Depósito 24 Noviembre*. Bien conocido en aquella época, ya que acá, literalmente depositaban toda la escoria. Punto de intersección entre la persecución policial, el encierro y el estudio médico. Un verdadero laboratorio humano, que brindaba el material que la ciencia necesitaba. Las publicaciones comenzaban con: *he aquí los datos clínicos que obtuvimos al examinarle*.

Por otro lado, me inquieta la impunidad con que los científicos establecían conexiones injustificadas entre la cultura homosexual y la prostitución. La bella Otero² y Aurora fueron los casos ejemplares. Los documentos sólo decían lo que ellos querían oír. Es triste pensar que esta conexión resultó imbatible al paso de los años. “(...) marginalidades sexuales (que atentan contra el orden de la reproducción sexual) y

² La Bella Otero argentina, no era aquella mujer de origen español, establecida en Francia. Personaje destacado de la Belle Époque francesa en los círculos artísticos y la vida galante de París. La Bella Otero argentina, era la versión sudaca. Curiosamente la joven travesti reprodujo los mismos hábitos de la época: para construir su identidad puso su mirada en el viejo continente.

marginalidades económicas (que atentan contra el orden de la producción social).” (Perlongher: 2008, p. 46)

Leyendo atentamente los postulados científicos, encuentro una contradicción irresolublemente planteada. Mientras que la ciencia publicaba a gritos la condición congénita de la delincuencia, se resistía a aceptarla en la homosexualidad. Reconocían muy pocos casos de homosexualidad congénita y atacaban fuertemente al medio que intervenía en la construcción de la homosexualidad adquirida.

El carnaval, fue uno de los ámbitos más discutidos, como ámbito propicio para el contagio de la homosexualidad. ¿Por qué? porque en estos momentos dionisiacos *la ciudad se transformaba* y los sujetos jugaban a ser otros; porque en estos momentos se ponía en jaque la presunta naturalidad de los géneros, instalándose así la idea de la *performance*; porque estos momentos eran verdaderas “(...) uniones arrebatadoras, casi orgiásticas, de cuerpos que se entremezclan, dejándose llevar por la irresistible percusión de un batusque, expresión de la carnalidad que irrumpe con el rouge provocador de sus labios inflamados por la lujuria del ardor, desafiando, en la rima del bailado, en el ritmo de los roces, la rutina cotidiana de los gestos.” (Perlongher: 2008, p. 59)

De Veyga no tardó en documentar casos invertidos producto de *la fuerza del carnavalismo*³. “En un artículo publicado en 1902 Veyga describió el cambio de la vida de un hombre que empezó a disfrazarse durante los carnavales, pero siguió practicando el travestismo vistiéndose de mujer el resto del año, adoptó el nombre de “Rosita la del Plata” y terminó dedicando toda su vida a la promoción de su popularidad brillante entre los travestis homosexuales del Buenos Aires del período”. (Salessi: 2000, p. 260)

El Paseo de Julio, la zona de *Constitución* de esa época, también era un espacio observado y regentado. Se mezclaban por sus calles distintos sujetos excluidos de la *norma*, los lunfardos “(...) como le llamaron a la escoria entre delictiva y enferma de la que querían liberarse Ingenieros y De Veyga.” (Bazán, p. 97). Eran los márgenes de la ciudad desde donde crecía la peste que infectaba. Delincuentes, homosexuales, prostitutas, vagabundos, huérfanos, obreros, travestis, borrachos, pederastas del *Bajo fondo*. No muy distinto a las zonas marginales de nuestro HOY.

³ Así llamó Perlongher al texto en dónde nos habla del carnaval como un medio de expresión que pone en cuestión a los modos de producción de subjetividad. Eclósión de sensaciones y simulaciones.

“La cofradía”, nombre de autoidentificación de la cultura homosexual de ese tiempo, se reunía en la calles oscuras del paseo de Julio, ahí se desplegaban sus fiestas y sus encuentros sexuales⁴. El paseo era un impresionante submundo nocturno.

Néstor Perlongher, rompiendo las barreras del tiempo y el espacio, le puso nombre a estas zonas de tránsito: *La deriva homosexual*. “Hay un modo de circulación característico de los sujetos involucrados en las transacciones del medio homosexual: la draga o deriva. Trátase de personas que salen a la calle en busca de un contacto sexual o simplemente “van al centro a ver si pinta algo”, toda una masa que se nomadiza y recupera un uso antiguo, arcaico de la calle. La calle (...) es, también, un espacio de circulación deseante de errancia sexual” (Perlongher: 1993, p. 76)

Por último, podemos develar el fallido científico. Era claro que el país de principios de siglo XX no quería convertirse en la cuna de la homosexualidad. Sin embargo, escondiendo a aquellos sujetos desviados tras el manto de la ciencia no hicieron más que instalar sus voces.

En una de las tantas veces que La Bella Otero cayó presa en el *Depósito 24 de noviembre* pudo convencer al doctor De Veyga para que incluyeran su autobiografía en la próxima publicación de los *Archivos*. Mientras que el doctor creía estar documentando el nivel avanzado de delirio del joven travesti, La Bella Otero transformaba el caso clínico, los datos, las ilustraciones, la evidencia científica, en su propia historia.

[Autobiografía]

He nacido en Madrid en el año 1880. Siempre me he creído mujer, y por eso uso vestido de mujer. Me casé en Sevilla y tuve dos hijos. El varón tiene 16 años y sigue la carrera militar en París. La niña tiene 15 y se educa en el "Sacre Coeur" de Buenos Aires. Son muy bonitos, parecidos a su papá.

Mi esposo ha muerto y soy viuda. A veces quiero morir, cuando me acuerdo de él. Buscaría los fósforos o el carbón para matarme, pero esos suicidios me parecen propios de gente baja. Como me gustan las flores, me parece que sería delicioso morir asfixiada por perfumes.

En otras ocasiones me gustaría tomar el hábito de monja carmelita, porque soy devota de Santa Teresa de Jesús, lo mismo que todas las mujeres aristocráticas. Pero como no soy capaz de renunciar a los placeres del mundo, me quedo en mi casa a trabajar, haciendo costuras y bordados para los pobres.

Soy una mujer que me gusta mucho el placer y por eso lo acepto bajo todas sus fases. Algunos dicen que por todo esto soy muy viciosa, pero yo les he escrito el siguiente verso, y se los digo siempre a todos:

⁴ El primer encuentro homosexual del peón de campo, devenido en Aurora, se despliega entre los recovecos del paseo de Julio.

*Del Buen Retiro a la Alameda
los gustos locos me vengo a hacer.
Muchachos míos ténganlo tieso
que con la mano gusto os daré.
Con paragüitas y cascabeles
y hasta con guantes yo os las haré
y si tu quieres, chinito mío,
por darte gusto la embocaré.
Si con la boca yo te incomodo
y por la espalda me quieres dar,
no tengas miedo, chinito mío,
no tengo pliegues ya por detrás.
Si con la boca yo te incomodo
y por atrás me quieres amar,
no tengas miedo, chinito mío,
que pronto mucho vas a gozar.*

*He estado en París, donde bailé en los cafés-conciertos dándole mucha envidia a otra mujer que usa mi mismo nombre para pasar por mí.
Muchos hombres jóvenes suelen ser descorteses conmigo. Pero ha de ser de ganas de estar conmigo, y ¿por qué no lo consiguen? Porque no puedo atender a todos mis adoradores.
No quiero tener más hijos, pues me han hecho sufrir mucho los dolores del parto, aunque me asistieron mis amigas "Magda" y "Lucía", que no entienden de parto, porque nunca han estado embarazadas, porque están enfermas de los ovarios.
Me subyuga pasear por Palermo, porque el pasto es más estimulante para el amor que la mullida cama.
Esta es mi historia, y tengo el honor de regalarle al Dr Veyga algunos retratos con mi dedicatoria.*

*La bella Otero*⁵

Siguiendo el análisis que propone Jorge Salessi en el libro *Médicos, Maleantes y Maricas*, entiendo que esta pequeña pero grandiosa autobiografía viene a desplegar un conjunto de contra-discursos. En primer lugar la Bella Otero instala la idea que defendían los homosexuales en aquellos años: la homosexualidad era congénita, con ella nacían y con ella morían. Pero aún más, no instala esta idea de cualquier forma, lo hace, utilizando los mismos aparatos represivos que la observaban, la medían, la categorizaban y la diagnosticaban. Publica su texto en los aclamados *Archivos*.

Por otro lado, realiza una contundente parodia del estereotipo de mujer que proponía la sociedad argentina. Aristocrática, devota de Santa Teresa de Jesús, viuda y madre de dos hermosos hijos. Pero también *mujer que desea*. Y en este momento, el texto se quiebra. La Bella Otero deja a un lado su rol femenino para convertirse en un carnal invertido y al invertirse en escena desnaturaliza la presunta solidificación del género. Maravillosamente la firma al final del escrito hace *suya su historia*.

⁵ Escrito extraído de Salessi, Jorge, *Médicos, Maleantes y Maricas*, Bestriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2000.

Textos como estos circulaban frecuentemente sobre los escenarios de los Café-Concert, continuamente intervenidos por policías deseosos de encontrar a quién llevarse al depósito.

Con el pasar de los años, el paseo de Julio, los Café Concert, las publicaciones clínicas empezaron a hacerse menos visibles y el manto de silencio fue ocultando cada vez más a esta cultura de desviados sexuales.

Poco a poco el discurso médico fue dejándole lugar al discurso legal. El 15 de junio de 1932 se implementó un edicto que establecía la prisión para aquellos homosexuales que se encontraran en la vía pública en compañía de un menor. Esta fachada legal fue un elemento contundente utilizado por la policía para la persecución homosexual. Cualquier homosexual podía ser pederasta si la policía se lo proponía.

Otro edicto prohibía a los sujetos el acto de exhibirse en la vía pública o lugares públicos vestidos o disfrazados con ropas del sexo contrario. Se penaba a quien osara bañarse en lugares públicos, a quien moleste con requiebros y a los que se despojaron de ropas de vestir, exigibles a la cultura social. La calle ya no podía ser el lugar de encuentro homosexual, pero las fiestas tampoco. Se castigaba a los dueños o responsables de locales de baile que permitiesen el baile en pareja del mismo sexo.

El carnaval también fue foco de la nueva batería legal: se prohibía tirar ramos de flores y otros objetos suspendidos con hilos sobre los transeúntes desde balcones o azoteas, acto que se castigaba con penas de 6 a 15 días de arresto. Se prohibía recoger papel picado del suelo para jugar, penándose con 3 a 9 días de detención o una multa de 300 a 900 pesos. Y por supuesto, quedaba prohibido el uso de las máscaras, el vestirse en traje que no corresponda a su sexo y el presentarse en clase de farsante. (Bazan: 2006)

“La angustia sería en adelante la fiel compañera de cada homosexual argentino. El miedo al acompañante ocasional, al vecino curioso, a la envidia de un compañero de trabajo, a los parientes metidos, a la misma vida” (Bazán: 2006, p. 185)

La homosexualidad se desplegaba silenciosamente, en la oscuridad de las esquinas y en la privacidad de los hogares. Pero también en los baños, lugares de encuentro entre sujetos del mismo sexo. Los baños sirvieron para dar marco a un sinfín de intercambios de mensajes que se plasmaban en sus paredes: declaraciones de amor, conversaciones,

propuestas sexuales, acordar una cita. De más está decir que también se desarrollaban encuentros carnales dentro de sus habitáculos.

En 1936 se prohibieron los prostíbulos y se estableció una pena para quienes se ofrecieran públicamente al acto carnal, sin distinción de sexos (Ley de Profilaxis social). Este tema será retomado durante el segundo gobierno peronista. Públicamente, funcionarios del gobierno dirán que el hecho de que los prostíbulos estuviesen prohibidos era un incentivo para el aumento de relaciones sexuales desviadas, es decir homosexuales. Con otras palabras, pero en un mismo sentido, al igual que a principios de siglo, la homosexualidad no era considerada como una elección conciente, ahora era el segundo plato de los hombres de familia que frente a la clausura de los lugares del sexo heterosexual salían a las calles en busca de algún encuentro.

Varios escándalos relacionados con la homosexualidad se pusieron en el centro de la escena. Uno fue el episodio de *los cadetes del ejército* y el otro la expulsión del país de *Miguel de Molina*. Ambos, expresiones de una fuerte homofobia colectiva. El contenido de estos eventos no resulta ser tan atractivo, pueden encontrarse rápidamente haciendo una búsqueda poco dificultosa en google, lo que sí es interesante ver es cómo nuevamente los mecanismos represivos se cavan su propia tumba. Queriendo reprimir y ocultar a la cultura homosexual, llevaron el tema de discusión a la mesa de cualquier *familia de bien* del Buenos Aires de esa época. La radio, la tv, la prensa, hicieron eco de los sucesos.

El peronismo no cambió demasiado el panorama. *Miguel de Molina*, retorna al país y en sus memorias agradece el buen gesto de Evita. Mucho se habló acerca de las buenas relaciones que mantenía la esposa del General con la comunidad homosexual. Sin embargo, Paco Jaumandreu, modisto de Evita, nos deja leer que más allá de la clase social y las amistades, la tranquilidad no podía ser comprada.

“Yo supe del miedo a pasar por una esquina en donde había dos o tres muchachos juntos, por conocidos que fueran. Supe del miedo al grito de burla desde los autos. Supe del miedo de la película que se cortó y de las luces que se encienden y los gritos de los muchachos desde el gallinero —ahora le dicen pullman—. Supe del asco de las propuestas apenas atendidas en las sombras de la noche, supe de la bronca de la voz atiplada al verme pasar, de los codazos, de las sonrisas sobradoras. Pero me sentía puro”. Y para responder a una frase mataputo de Zully Moreno la alecciona: “¿Sabe usted, mi amor, que todo lo que usted pregona, que todo lo que usted compra en París, está inventado por gente así? Perfumes y sedas, zapatos y abrigos, estampados y cremas. Ya ve como usted necesita de los homosexuales y no ellos de usted”.⁶

⁶ María Moreno, La aguja de oro. En: SOY suplemento del diario Página 12, 22 de Julio de 2008.

El antiperonismo tampoco abrió la compuerta. Oscar Hermes Villordo, periodista y escritor, retrató maravillosamente en *La brasa que quema la mano*⁷ (obra publicada luego de la última dictadura militar) esta época de ocultamiento. El sexo ocasional, pago y homosexual estaba prohibido, pero chorreaba en cada espacio agrietado. “La ciudad redobla su imaginario civil en el culebreo alocado que hurga en los rincones el deseo proscripto” (Lemebel: 2000, p. 87)

Para estos años el tema de las lesbianas ya circulaba a la par que el de la homosexualidad masculina. Sylvia Molloy en una entrevista realizada en el 2009, responde varias de las inquietudes referidas a la homosexualidad femenina en esta época.

*“Cuando era joven –y te estoy hablando de cuarenta años atrás– había un closet tácito. Era un mundo de disimulos que se manejaba mucho más por alusión que por declaraciones. Había códigos que permitían el reconocimiento mutuo, el uso de ciertas palabras, formas de mirar, y las amistades eran muy importantes. Había una circulación secreta del deseo, que no se nombraba. No lo nombrábamos nosotras ni quienes a priori lo criticaban. Yo jamás le oí decir la palabra lesbiana a mi madre, por ejemplo. Decía ‘mujeres raras’, o ‘amores raros’, y lo ‘raro’ –bueno, lo queer– era parte de la percepción que existía entonces.”*⁸

Los 60 marcaron el quiebre. Con la presidencia de Illia se comenzaba a desplegar un ambiente de mayor tolerancia para las elecciones sexuales. Los bares, las esquinas y las famosas *teteras* (baños públicos) eran espacios en dónde los homosexuales podían vivir su sexualidad sin tanto juzgamiento. También sería habitué ir a los cines continuados. “Los muchachos no iban al cine a ver películas. Iban al cine a hacer *el ajedrez*, saltando de butaca en butaca, buscando una mano amiga, un roce erótico, una caricia en la oscuridad.” (Bazán, p. 269) Sin embargo, este claro de luz, duraría muy poco. Con Onganía y la *Tía margarita* (apodo inventado por la comunidad homosexual para referirse a Luis Margaride, Jefe de Policía), estos lugares comenzaron a ser objetivo de las razias.

⁷ “El año de *La brasa en la mano* es 1950, cuando no había libertad pero se podía conversar, los homosexuales se mezclaban en la corriente como podían. Esa experiencia es la que está en el libro. También los lugares. La ciudad entera es el escenario de la novela. Está la estatua de San Martín a propósito, el héroe impoluto que señala con el dedo, y la plaza San Martín, que era un centro de yiro, de búsqueda. Había unos mingitorios al que ya se sabía que entrando allí se encontraban buscas. Los marineros del puerto que estaban cerca, los colimbas de franco iban allí. El comercio no era exclusivamente monetario. Había interés en la homosexualidad, eso siempre estuvo presente, pero generalmente había que sostener económicamente al amado”. (Fragmento extraído de <http://www.ecomchaco.com.ar/Cultura/literatura/villordo.htm>)

⁸ Lennard, Patricio, *La palabra en la boca*. En: SOY suplemento del diario Página 12, 25 de septiembre de 2009.

Hacia finales de la década, los oprimidos se hicieron oír. La homosexualidad comenzó a intervenir sobre el escenario político reivindicando el derecho de cada individuo a disponer sobre su propio cuerpo. Intervención que vendrá de la mano de un conjunto de movilizaciones populares constituidas para sacudir el *orden*. *El cordobazo* viene a ser el hito más representativo.

Bajo este contexto se crea el *Grupo Nuestro Mundo*, focalizado en bombardear las redacciones de los medios porteños. Sus contra-boletines pedían a gritos la liberación homosexual. En 1971 este *Grupo* comienza a vincularse con algunos intelectuales homosexuales inspirados en el Gay power americano. De la conjunción nace el FLH (Frente de Liberación Homosexual de la Argentina). El programa del naciente movimiento se sostenía en un conjunto de *reivindicaciones democráticas específicas*.“(...) el inmediato cese de la represión antihomosexual, la derogación de los edictos antihomosexuales y la libertad de los homosexuales presos.” (Perlongher: 2008, p. 78) Sin embargo, también se discutían temas referidos a la culpa, la mirada familiar y la inserción en el mercado de trabajo. El resultado de las discusiones entorno a estas ideas se conoce como el “orgullo homosexual”. El objetivo de que esta idea circulase entre la *comunidad* era “(...) alentar a los hermanos de lucha y destruir el complejo de culpa y vergüenza que desde nuestra infancia y durante los años de existencia arrastramos como producto de la educación represiva y antihumana del sistema.” (Perlongher: 2008, p. 246) *El lema era amar y vivir libremente en un país liberado*.

El Frente de liberación no funcionó⁹. Tras la muerte de Juan Perón los grupos parapoliciales no titubearon en reprimir a estos jóvenes traidores de la patria. A mediados de 1975, el semanario fascista *El caudillo* llama a acabar con los homosexuales y propone lincharlos. Para esta época quedaban 30 integrantes en el *Frente*, quienes optaron por radicalizar la lucha. Producido el golpe militar, en junio del 76 decidían la disolución.

Nuevamente es Villordo quien recrea en su libro *La otra mejilla*, la atmósfera homosexual atravesada por el golpe.

⁹ “En cuanto a sus resultados concretos, la experiencia del FHL argentino constituye, un fracaso. No consiguió imponer una sola de sus consignas, ni interesar a ningún sector trascendente en la problemática de la represión sexual, ni - tampoco - concientizar a la comunidad gay argentina. Para quienes han intervenido consecuentemente en él constituye, empero, una experiencia indeleble; y demostró, en última instancia, que un alto grado de concientización es posible aún en contexto de una sociedad tan altamente represiva como la Argentina” (Perlongher: 2008, p. 84).

Persecuciones, ocultamiento, cadáveres, desapariciones y el exilio bajo la doble dictadura de los 70, heterosexual y militar.

Cadáveres

*Bajo las matas
En los pajonales
Sobre los puentes
En los canales
Hay Cadáveres*

*En la trilla de un tren que nunca se detiene
En la estela de un barco que naufraga
En una olilla, que se desvanece
En los muelles los apeaderos los trampolines los malecones
Hay Cadáveres¹⁰*

Mientras tanto, Copi en París escribía *El baile de la Locas* (1976).

“Pero para esto es preciso que te cuente la vida social de los homosexuales de la época de St. Germain. Ya la conozco, me responde mi editor. Tú no conoces nada en absoluto. Tal vez fuiste alguna vez a cenar al primer piso del Fiacre, y para contar. Pero yo he pasado años ligando en el bar de la planta baja, antes de hacer la ruta de los retretes. Para terminar la madrugada en la Pέργola. E inmediatamente después, a las Tullerías, a hacer las primeras pescas que aún huelen a after-shave. (...) me parece una buena idea que escribas una novela sobre homosexuales, tú conoces el tema a fondo. ¿Una novela sobre homosexuales? Me siento indignado. Salgo de la casa de mi editor decidido a no escribirla. Me cruzo por la acera de la Rue Bonaparte con diez o doce locas de la boutique. Tal vez conozco a algunas de ellas, las confundo a todas. Mi futuro público me digo con maldad. No, ellas no leen. ¿Pero novelas de locas? (...) todo lo expuesto me parece horrible, cada vez estoy más decidido a no escribir esa novela. (Copi : 2000, p. 11- 12)

Parecía posible ser homosexual sin ser perseguido. Copi crea un contexto para la homosexualidad que contrasta ampliamente con la tristeza sórdida que se deja leer en *Cadáveres*. Poema escrito por Perlongher en su viaje de ida hacia el exilio.

Con los años 80 llegaba la democracia y la cuestión de la homosexualidad volvía a sacarse a la luz. Se crea el CHA (Comunidad Homosexual Argentina), exigiendo la derogación de las leyes y edictos policiales que atentaban contra las libertades de los homosexuales, el cese de la detención arbitraria por averiguación de antecedentes y de la represión en los lugares frecuentados por la comunidad, y por supuesto el fin de toda discriminación sexual en lo que respecta al ámbito laboral, social y moral.

¹⁰ Fragmento del poema *Cadáveres* extraído de <http://www.literatura.org/Perlongher/npcada.html>

El 28 de mayo de 1984 el diario *Clarín* saca una solicitada de la agrupación: *Con Discriminación y Represión No hay Democracia*.

Paradójicamente, estos avances en lo que refiere a la libertad de los homosexuales tendrán el doblez de la “peste rosa”.

Hasta ahora, todos los discursos que desde los lugares de *producción de verdad* delimitaron al fenómeno de la homosexualidad, han hecho causa común en un hecho fundamental: la reducción del sujeto homosexual a *cuerpo*, y la reducción de su expresión corporal a la búsqueda de placer. Sujeto homosexual reducido a puro sexo, deseo desmedido, falso y destructivo. En el polo opuesto el sujeto racional, responsable y productivo.

Estos discursos han logrado a lo largo de la historia, encorsetar a la homosexualidad. Haciendo que el uso de cada cuerpo se despliegue en la discreción, el ocultamiento, el miedo y la sumisión; haciendo que los encuentros sean anónimos y clandestinos; haciendo, el última instancia, que todas las actividades que forman parte de la cotidianidad del individuo, *aquellas que son más que sólo cuerpo*, queden constreñidas bajo la tiranía de la matriz heterosexual.

La eclosión del Sida no hizo más que confirmar la “(...) corporeidad como única dimensión reconocida de la homosexualidad” (Llamas, p. 158). Fue la huella que vino a fortalecer la idea del exceso de placer promiscuo, la huella que vino a marcar los cuerpos que no se plegaban al modelo de sexualidad moral. SIDA = Homosexualidad.

“La visibilidad del Sida, desde sus inicios, se homosexualizó. Todo cuerpo con Sida pasó a ser cuerpo homosexual, o en todo caso un cuerpo desalmado (cuerpo de mujer, de drogadicto, cuerpo pobre, negro o de inmigrante).” (Llamas: 1995, p. 162)

“El estigma de la plaga, que en los ochenta hacía huir como ratas a las amigas, negando mil veces haber conocido a la occisa. Esa virulencia homofóbica que entonces mostraba cortejos de cuatro pelagatos acompañando un ataúd huacho. Un pobre cajón rodeado de familiares tolerantes y de alguna loca camuflada de terno bajo el anonimato de las gafas. Ahora es otra cosa mariposa. En los noventa, es el acotencimiento que concentra la atención de un público atento esperando paciente el deceso para ponerse el modelito guardado especialmente para la premier luctuosa.

Ahora la muerte sidada tiene clase y categoría. Cualquiera no se despide del mundo con ese glamour hollywoodense que se llevó a Hudson, Perkins, Nurevey y Fassbinder. Cualquiera no ostenta ese look de manchas leopardas ese tatuaje sidado que no se destiñe, fijaté (...) El sepelio de una loca sidosa es para filmarlo.” (Lemebel: 2000, p. 81-82)

Lemebel retrata sublimemente el estigma de Kaposi en los 80. Sin embargo, también nos habla, aunque de modo sarcástico, del *destape* de los años 90. Varias cosas para decir respecto de estos años: el CHA consigue la personería jurídica; se trasmite el primer beso homosexual (entre Rodolfo Rani y Gerardo Romano) en la pantalla de la televisión argentina; Chris Miró hace estallar las tablas de Corrientes; Mariano Grondona, en un acto de heroísmo, invita a su programa y abraza a Carlos Jáuregui (intelectual, militante homosexual y enfermo de SIDA), frente a las cámaras; los boliches gay salen de la penumbra y abren sus puertas sin miedo a la represión; travestis y parejas homosexuales son fotografiadas para las tapas de los semanarios de mayor tirada; Lohana Berkins (presidente de la asociación de Lucha por la Identidad Travesti y Transexual) se candidatea para la banca de diputados por el partido *Izquierda Unida*; todo fluyendo bajo el ritmo del himno gay estatuido desde los 80: *soy lo que soy*.

La homosexualidad salía del *Closet*. Sin embargo, no todo era una fiesta. Traigo al ensayo otra vez a Villordo, esta vez pronosticando su propia muerte.

“A mí no me va a tocar. Pero me tocó. Tengo sida. Lo supe hace dos años. No lo dije hasta ahora para reservarme el sufrimiento y si lo digo ahora es con el único fin de ser útil. Si no lo consigo, desde ya pido perdón.

Cuando me lo revelaron estaba internado en un hospital. El médico se sentó junto a la cama, en una de esas sillitas de hierro blancas, con perforaciones redondas como lunares en el asiento y habló.

El análisis del HIV dio positivo.

Qué es el HIV le pregunté

El SIDA

Han pasado dos años, y creo que en el escamoteo de la palabra había un prejuicio”. (Bazán: 2006, p. 366)

El SIDA seguía matándolos como moscas y la homofobia diseminada en toda la sociedad parecía ser irreversible. Las razias continuaban, ahora bajo el título de *averiguación de antecedentes*; sujetos, que creían estar contribuyendo en la limpieza de la moral argentina, perseguían, humillaban y hasta asesinaban a travestis y homosexuales; el mercado laboral continuaba expulsándolos; y el registro civil seguía imponiendo la condición binaria del género.

Llegaba el nuevo milenio y con él la unión civil. “Una ley que reconocía que había personas del mismo sexo que convivían y que merecían un marco legal. Un reconocimiento desde el Estado de que eso estaba ocurriendo. Simple, menor, poderoso”. (Bazán: 2006, p. 394).

Otras cosas más suceden para esta época. *Página 12* incluye, entre sus suplementos, a SOY, destinado a la cuestión homosexual; todos los viernes en tu kiosco un poco de radicalidad a la mano. El centro Cultural Rojas presenta la primer revista Travesti: “*El Teje*”. En la editorial del primer número, que se titula “Flor de la V se casa, pero no de blanco ala”, puede leerse:

*“A pesar de nuestras diferencias, las travestis debemos encontrar una agenda común para encarar la lucha entre todas de manera solidaria y en beneficio del conjunto. El teje es una manera de empezar a conocernos y organizarnos como colectivo, unificar criterios sobre cómo trabajar y conseguir una mayor fuerza e impacto ante la sociedad y sobre todo, ante el Estado. El Teje quiere ser la punta de una red de acción conjunta para evitar caer en las otras redes, las de la policía, las de gobierno de turno, las de los que creen que sólo hay dos maneras de ser: hombre o mujer.”*¹¹

Se crea una biblioteca virtual llamada “Otras letras” que ofrece un sinfín de obras escritas por homosexuales y otras tantas que incluyen entre sus hojas a la temática. La editorial Mansalva edita y hace circular varios libros de escritores homosexuales y travestis que le hacen frente a la homofobia. Dalia Rosetti escribe *Me gustaría que gustes de mí*. Novela contextualizada en los años 2020, en dónde la autora imagina un mundo de relaciones lésbicas sin ataduras. Bajo el ala de la misma editorial, Raúl Escari en *Dos relatos porteños* recrea lo prohibido.

“De eso no se habla podrán decir de mis textos muchos de los lectores y no lectores de mi ciudad-puerto, tan abierta a lo extranjero y propensa a un cosmopolitanismo elegante, como pacata e hipócrita en sus costumbres y en lo que-se-puede-y-no-se-puede-decir. Homosexualidad, pijas, masturbación, erecciones, felaciones, outings, lecturas calientes, diversas drogas narradas desde el punto de vista del consumidor (yo): todos ellos no son temas muy recomendables”. (Escari: 2006 ,p. 56)

Naty Menstrual -imaginemos la cara del vendedor de librería Santa Fe cuando solicité el libro- publica *Continuadisimo*. Un conjunto de relatos desafiantes y radicales que narran la vida de los travestis en el siglo XXI. Humor, tragedias, historias de amor, el SIDA, la identidad, la homofobia.

Sin embargo, no sólo la literatura plasmaba un fuerte cambio de rumbo. El jueves 15 de julio de 2010, con la ley N° 26.618, el Senado aprobaba el polémico proyecto que autoriza el matrimonio entre personas del mismo sexo y así, convertía a la Argentina en el primer país de América latina en legalizarlo. La Cámara alta sancionó la norma con 33

¹¹ Wayar, Marlene, Editorial. En: *El Teje*, N°1, Noviembre de 2007.

votos a favor y 27 en contra, tras una maratónica sesión que se extendió durante casi 14 horas.

Oswaldo Bazán planteaba en el Senado: “Para la religión, históricamente la homosexualidad y todas las sexualidades no reproductivas fueron un pecado; para la ciencia fue una enfermedad, y para el Estado y las leyes, fue un delito”¹², y con esto pedía a gritos que el Estado de forma jurídica a lo que ya era un hecho para la sociedad.

De este modo, la aprobación de la ley se convertía en una conquista inexorable para la comunidad homosexual. Pero no todo era una fiesta. Durante los días previos y posteriores a la votación, el debate se extendió en todos los espacios de la sociedad argentina. Todos opinaban. Y bajo este contexto, los discursos homofóbicos no tardaron en salir a la luz. Probablemente haya sido la iglesia la que piso más fuerte. La carta del Cardenal Bergoglio pondría a la luz lo que durante muchos años no hubo necesidad de salir a decir. Otros discursos se encargaban de poner tope a lo diferente.

En el intercambio epistolar se puede leer; “Aquí está en juego la identidad, y la supervivencia de la familia: mamá, papá e hijos. Está en juego la vida de tantos niños que serán discriminados de ante mano privándolos de la maduración humana que dios quiso se diera con un padre y una madre. Está en juego un rechazo frontal a la ley de dios, grabada además en nuestros corazones...no seamos ingenuos: no se trata de una simple lucha política; es la pretensión destructiva al plan de dios.”¹³

No sólo la iglesia daba manotazos de ahogado, para sostener la figura de la familia tipo, ya resquebrajada hace años. Educadores, psicólogos, médicos, abogados, no dudaron en expresar las dificultades futuras de un niño criado bajo la tutela de padres del mismo sexo.

Por otro lado, un sector que dice formar parte de la comunidad científica, alzaba su voz sin ningún tapujo. Un informe de la Universidad Austral, planteaba que “El matrimonio encuentra su razón de ser en la diversidad radical y originaria del varón y de la mujer y en su unión complementaria biológica y antropológica, fuente de comunión y de vida, que

¹² Fragmento extraído del discurso que dio Oswaldo Bazán en el Senado, en pleno debate por la ley del matrimonio entre personas del mismo sexo: <http://www.sentidog.com/lat/2010/05/04/osvaldo-bazan-habla-sobre-el-matrimonio-gay/>

¹³ Fragmento extraído de la carta que envió el Cardenal Jorge Mario Bergoglio a las monjas carmelitas de Buenos Aires en Junio del 2010: <http://www.tn.com.ar/politica/106762/la-carta-completa-de-bergoglio>

funda el núcleo familiar. En una unión homosexual estas complementariedades son imposibles, pues no se dan los presupuestos biológicos y antropológicos de la conyugalidad. Esto veda que se pueda dar estatuto de matrimonio a las uniones entre personas del mismo sexo.”(Universidad Austral: 2010, p.3) Pero aún más. No alcanzaba con explicitar las dificultades de tipo conceptual que se desarrollaban a la hora de dar “un tratamiento igual a lo que no es igual”. Para estos científicos, si podemos llamarlos así, los homosexuales son una especie de seres sometidos a todo tipo de desordenes de conducta: trastornos mentales, enfermedades, depresión, tendencia al suicidio, consumo de drogas. Son promiscuos, violentos y portadores de HIV.

El discurso legal también producía lo suyo. La jueza Marta Covella dejaba en claro que más allá de la aprobación de la ley, ella se negaría a dar matrimonio a dos personas del mismo sexo. Llegado el caso, delegaría la responsabilidad en el Juez de Paz suplente.

Mucho puede decirse de este clima. Pero Jorge Raíces Montero, psicólogo clínico y coordinador de la CHA, parece dar en la tecla. El problema no es la homosexualidad sino la homofobia. Y en relación a esto, todavía queda mucho por conquistar.

Evidentemente la apertura de la sociedad continúa a la espera. Mauro Cabral nos cuenta que tipo de subjetividad sostienen nuestros días:

“Si yo quisiera podría ser un gran macho argentino. Hablaría de minas y futbol a los gritos hasta quedarme afónico, no levantaría la mesa ni aunque me pagaran, mantendría a mi mujer en su lugar y maltrataría en público a los travestis a los que deseo en secreto. Odiaría a bolivianos, paraguayos, chilenos y peruanos, me emocionaría con el himno y con Tinelli, nadie me interrumpiría cuando hablo y en general me parecería tanto a mi padre que apenas podría distinguir su argentinidad al palo de la mía.” (Berkins: 2009, p. 59)

Si yo quisiera, pero no quiero, termina diciéndonos el autor. Y ese no querer implica, aún en el año 2010, seguir viviendo en los márgenes, ser un cuerpo descartable, estar muerto civilmente, pero también seguir luchando contra el Estado y la sociedad que se mete en nuestras camas.

Me tomo el tren de las 20:15. Esta vez viajo sola. Abro mi revista *El Teje* y de pronto un conjunto de miradas que me observan. Ahora entiendo lo que me había dicho el vendedor de libros del Sarmiento, eso de las reacciones polarizadas.

Bibliografía

- Lemebel, Pedro, Loco Afán, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.
- Perlongher, Néstor, La prostitución masculina, Ediciones de la urraca, Montevideo, 1993.
- Salessi, Jorge, Médicos, Maleantes y Maricas, Bestriz Viterbo Editora, Buenos Aires, 2000.
- Perlongher, Nestor, Prosa Plebeya Ensayos 1980-1992, Ediciones Colihue, Buenos Aires, 2008.
- Escari, Raúl, Dos relatos porteños, Ediciones Mansalva, Buenos Aires, 2006.
- Bazan, Osvaldo, Historia de la homosexualidad en la argentina. De la conquista de América al siglo XXI, Editorial Marea, Buenos Aires, 2006.
- Copi, El baile de las locas, Editorial Anagrama, Barcelona, 2000.
- Copi, Las viejas travestis y otras infamias, Editorial Anagrama, Barcelona, 1978.
- Llamas, Ricardo, La reconstrucción del cuerpo homosexual en tiempos del Sida en Construyendo Sidentidades, estudios desde el corazón de una pandemia, Editorial Siglo XXI, Madrid, 1995.
- Rosetti, Dalia, Me encantaría que gustes de mi, Editorial Mansalva, Buenos Aires, 2005.
- Berkins, Lohana, Comp. , Cumbia, Coloteo y lágrimas, Asociación de lucha por la identidad Travesti-Transexual, Buenos Aires, 2007.
- Foucault, Michel, Microfísica del poder, Las ediciones de La Piqueta, Madrid, 1992.
- Universidad Austral, Matrimonio homosexual y adopción por parejas del mismo sexo, Buenos Aires, 2010.